
El desempleo de los Profesionales*

ERNESTO SAMPER PIZANO**

Cuarenta y dos mil administradores y economistas; veintiocho mil ingenieros; catorce mil arquitectos y siete mil agrónomos sin ocupación forman el trágico espectro de uno de los más graves problemas sociales que actualmente confrontamos: el del desempleo profesional. Todos los que nacieron en la década de los sesenta, durante la época que se conoció como la "explosión demográfica" y pasaron por las aulas secundarias o superiores en la década de los setenta, cuando multiplicamos en dos y media veces nuestros cupos de bachillerato y en tres y media veces las posibilidades universitarias, todos ellos han comenzado a engrosar el gran ejército de proletarios intelectuales en que está convertido hoy nuestro mercado de trabajo. Ya no se trata, simplemente, del problema del desempleo abierto, de quienes están buscando activamente una ocupación, a la intemperie; se trata, también y de manera sobresaliente, del problema del subempleo, de la subutilización de la mano de obra que define exactamente la dimensión del problema del desempleo de técnicos y profesionales, de eso que, pomposamente, hemos bautizado como el desempleo calificado.

En un platillo de la balanza del fenómeno se encuentran los términos y condiciones de la preparación de los profesionales. Cuál

* Discurso del doctor Ernesto Samper Pizano en el Homenaje de los Contadores Públicos, Hotel Bogotá Hilton, febrero 28 de 1986.

** Abogado economista de la Universidad Javeriana, exprofesor de la Universidad Central, Concejal de Bogotá, y actual Senador de la República elegido por el partido liberal.

es el tipo de profesionales que estamos produciendo, de qué cualidades, para qué cargos. La universidad colombiana ha vivido, en el curso de los últimos diez años, un proceso de masificación de sus posibilidades que no ha estado acompañada de una necesaria democratización en el acceso a dichas posibilidades. Todavía el diez por ciento más rico de la población es dueño del 87% de las oportunidades de educación superior. La universidad fábrica, productora irracional de profesionales, se ha convertido en el modelo preferido de universidad en nuestro medio. Reducida a la función docente, estas universidades se han dedicado, como agencias de turismo, a promover paquetes de turismo académico, centenares de programas que se sabe donde comienzan pero no llevan a ninguna parte, con ganchos publicitarios que atraen ingenuos bachilleres con padres desesperados. De los quinientos cuarenta y tres programas ofrecidos y aprobados por el ICFES apenas tienen demanda suficiente unos veinte. La investigación universitaria, como parte de la función crítica de nuestras universidades, se ha venido abandonando a medida que los presupuestos flaquean y los organismos internacionales de crédito sustituyen el talento colombiano. Por ello, el primer juicio valorativo del desempleo profesional debe comenzar por el de nuestro sistema universitario, cada día más privatizado, menos democrático, cada día menos científico, produciendo una clase de profesionales "rentables" que no coinciden, necesariamente, con el tipo de profesionales que estamos necesitando.

En la otra cara de la medalla se localiza la capacidad de nuestro sector productivo para atender la oferta de profesionales que vienen de nuestras universidades. En los últimos tres años, por ejemplo, hemos conocido una política económica que va en contravía de mayores posibilidades ocupacionales; contrariando la tozuda realidad de que un 87% de nuestros desocupados tienen grados medios o superiores de calificación, la estrategia reciente ha creído encontrar en la construcción de casas sin cuota inicial el mismo remedio que resultaba válido, al comenzar los años setenta, para generar empleo masivamente. Los bachilleres y profesionales hijos de los obreros de entonces, que pasaron por el bachillerato o se desempeñaron en las universidades, no pueden estar condenados a subir baldes de arena o pegar ladrillos en las obras de doña María Eugenia Rojas, como hace quince años. Se merecen otro destino.

Tampoco ha sido afortunada la política oficial de concentrar la mayor parte de la capacidad de subsidio estatal, a través de présta-

mos y cupos en el banco central, de figuras “democratizadoras”, de refinanciación de la deuda externa que se niega a las empresas de servicios públicos, en unos pocos monopolios industriales; el producto de las tres reformas tributarias que hemos conocido en el increíblemente corto período de tres años se ha canalizado hacia estas pocas industrias y bancos que comprobadamente no han generado un solo empleo en los últimos cinco años. La concentración industrial es enemiga del empleo profesional. Cuando nos hemos preguntado cuántos empleos pierde el país cuando nos afeitamos con una cuchilla que produce en más de un noventa por ciento una sola firma; cuando tomamos un refajo dominguero que producen dos monopolios o degustamos un plato de alimentos cuyo procesamiento está en más de un setenta por ciento en manos extranjeras. Si todos los recursos que se han venido destinando a esta élite industrial se hubieran canalizado, con parecida generosidad, hacia el sector de pequeña y mediana empresa, incluidas las microempresas, que han generado más de la mitad de los nuevos empleos recientes, quizás la situación del desempleo no sería tan crítica como la encontramos ahora. El monopolio de la producción viene de la mano con el monopolio de la información. Los presupuestos para investigación y desarrollo han venido descendiendo en forma lamentable; hace seis años esos presupuestos representaban 89 pesos de cada mil de producto bruto, hoy apenas representan 51 del producto. El país ha venido abandonando, sistemáticamente, la función de investigación científica y tecnológica; entidades que hace una década se consideraban como altares del progreso intelectual, como el ICA y el Instituto Nacional de Salud, han caído en manos de abominables roscas burocráticas que han devorado sus pasados luminosos a dentelladas. La necesaria creatividad que nos hubiera permitido liberarnos de unos esquemas de desarrollo demasiado dependientes o al menos, encontrar cejas originales de luz para salir del túnel oscuro de la crisis que atravesamos, está anestesiada por el letargo burocrático, por la carencia de recursos, en una palabra, por la falta de eficiencia y de plata.

Y ya que nos atrevimos a mencionar la palabra concentración hablemos de una dolorosa y contemporánea forma de ella, la concentración de oportunidades. Hasta hace algún tiempo hablábamos en Colombia de la concentración en un sentido estrictamente patrimonial; todavía esta concentración subsiste: 1.70/o de los predios agrícolas poseen un 470/o de las tierras y la prensa nos informó esta semana que menos del 30/o de los accionistas de grandes

empresas inscritas en la Bolsa son dueños de más del 90% de las acciones; por ello no es de extrañarse que el 12% más rico del país se quede con más de la mitad del ingreso. Pero si bien la riqueza está concentrada, las posibilidades de acceso a ella están todavía más limitadas. En Colombia cada día se necesita más y más haber sido para llegar a ser. Al joven profesional o técnico que solicita un puesto le exigen demostrar que tiene dos años de experiencia, de los cuales obviamente carece, para engancharlo; similar exigencia le formulan al ingeniero que por primera vez aspira a un contrato al exigirle que pruebe que ya ha contratado una suma similar a la que aspira a contratar. Para no hablar de las conocidas exigencias bancarias que prácticamente conminan al solicitante a demostrar que no necesita el crédito para concedérselo. Las oportunidades profesionales también se han venido concentrando en esta nueva forma de acumulación excluyente de posibilidades. Cinco firmas de ingeniería son dueñas de más de las dos terceras partes de los contratos, unas pocas agencias de publicidad y otras tantas de mercadeo absorben la parte fuerte del mercado publicitario y siete empresas transnacionales de contaduría se quedan con el pedazo grande del auditaje colombiano. Permítanme referirme, así sea brevemente, a este último punto.

Qué pensaría un extranjero, al llegar a nuestro país, si al presentarse a una notaría para correr una escritura de compraventa de un bien inmueble el encabezamiento de la minuta rezara: "Ante mí, John C'Farrel Company, se presentó el señor para manifestar. . ."; la misma sensación molesta nos produce a nosotros cuando escuchamos que los dineros recaudados para la tragedia de Armero tienen el sello internacional de garantía de una firma cuyas siglas no pronuncia ningún colombiano sin que se le trabe la lengua, cuando nos enteramos que todo contrato internacional viene "amarrado" o mejor amacizado con una firma gringa de auditoría o cuando, para rematar, nos damos cuenta que la propia Superintendencia Bancaria le hace el mercadeo a las firmas que sustituyen la capacidad de dar fe estadística que la ley colombiana otorga a los contadores colombianos. Ese particular significado, el de defender nuestra soberanía para dar fe sobre lo que ocurra o deje de ocurrir en los estados que reflejan nuestra realidad estadística, es el que tiene el Proyecto de Ley 236 de 1985 que hemos venido impulsando en el Congreso con el apoyo multitudinario de contadores y estudiantes de contaduría. Se trata de dar el mismo paso dado en 1978 para la defensa de la ingeniería colombiana o el consagrado en el Decreto 1548 de 1983 cuando se obligó a una paridad en la contrata-

ción de técnicos extranjeros y colombianos, paridad que, por supuesto, no se ha cumplido, como no sea paridad entre los que cocinan, colombianos y los que se comen la comida. Se trata de formular los mismos reparos presentados esta semana por CAMACOL en relación con la contratación de técnicos suecos y de otras nacionalidades para la construcción de la Base Naval del Pacífico o los que en el mismo sentido presentaron dirigentes de Sucre aterrorizados de ver obreros monos de ojos azules manejando los camiones de la OXY en Coveñas. Las firmas transnacionales, hábil, casi habilidosamente, reclaman la participación mayoritaria de contadores colombianos en sus nóminas, planteamiento muy bienvenido si, a renglón seguido, las mismas firmas que se ufanan de nuestra presencia en sus cuadros, reconocieran que, por este mismo hecho, la colombianización de la contaduría no tendría mayores problemas pues quedaría en manos de los mismos protagonistas. Como vendedores de unas técnicas desconocidas, las transnacionales se han ido apoderando de los contratos distintos a los que traen debajo del brazo por arreglos con los organismos internacionales de crédito o simples acuerdos con otras empresas transnacionales para quienes Colombia parecería ser tan buena para invertir como perversa para vigilar el curso de sus inversiones. Si de lo que se trata es de una misteriosa tecnología a la cual no tendríamos acceso racional los nativos, bien podría acordarse, en el acto de colombianización, un período durante el cual a través de convenios de cooperación tecnológica nos hiciéramos a la magia que tanto parece incidir en una competencia desigual contra las firmas colombianas. Estas reflexiones no están inspiradas en un falso nacionalismo, al contrario, corresponden a una idea de nacionalismo sano el cual repudia que tengamos que aceptar, en aras de la cooperación internacional, que el único destino reservado a los 35.000 estudiantes de nuestras Facultades de Contaduría es el de convertirse en peones de brega del auditaje internacional. Si aprendimos a hacer puentes, a operar cataratas, si aprendimos a prestar servicios de energía, si aprendimos a telecomunicarnos, será imposible que entremos en el reino sagrado de la auditoría transnacionalizada?

En el camino de solucionar el problema del desempleo profesional tendremos que hacer valer el derecho a que los colombianos ocupen, con prioridad, los frentes de trabajo, los pocos frentes de trabajo que estamos abriendo. Si, como creemos, el desarrollo consiste en la capacidad de generar, asimilar y repartir el cambio, podríamos terminar diciendo que la presencia de millares de con-

tadores desempleados o subempleados en actividades marginales a su carrera, prueba que hemos sido tan eficientes en generar el cambio de la contaduría como incapaces en la tarea inaplazable de asimilarlo, a través de nuevos progresos tecnológicos y de repartirlo, poniendo un oportuno dique de contención a los apetitos transnacionales. Sin la organización de los contadores será imposible sacar adelante esta iniciativa, sin la participación de los profesionales será tarea imposible la de defender el derecho de la clase media que encarnan como ningún otro sector social a no proletarizarse, para eso, para organizarnos, para participar, para lograr que, en los términos emocionados de García Márquez al recibir el Nobel no se quede ningún colombiano sin la primera oportunidad sobre la tierra, para hacer la revolución de la participación, sin distingos de partidos o de conciencias, para enviarle un mensaje a las nuevas generaciones para que abandonen el camino de la guerrilla o el facilismo de la abstención, para demostrar que en el estado de pérdidas y ganancias de nuestros valores todavía existe un gran superavit, para hacer ese gran acto de fe pública en que los activos del futuro alcanzan de sobra para pagar los pasivos del presente, para todo eso y por todo eso, nos hemos reunido esta noche.

Muchas gracias.